

FEIXAS SIBILA, Valentí: *Vida, pensament pedagògic i acció educativa de Pau López Castellote* (1929-1994), prólogo de Francesc Torralba, Lleida, Pagès editors, 2019, 298 pp.

Nos congratulamos por presentar este libro que constituye una biografía de Pablo López Castellote que incluye, además de su trayectoria vital, un compendio de su ideario sobre la educación cristiana. Una obra, pues, necesaria y útil que viene avalada por haber obtenido el premio de ensayo pedagógico Joan Profitós en la edición de 2016 que convoca anualmente la fundación de la Escuela Pía de Cataluña. En cuanto a su itinerario personal, el libro está organizado en base a los diferentes períodos de la vida del biografiado: infancia (1929-1939); la fe, la cultura y el trabajo (1940-1956); el inicio de la vida profesional (1957-1971); la plenitud (1971-1991), y el final (1992-1994). Su niñez no fue nada fácil ya que pertenecía a una familia humilde que vivió en diferentes pisos de Barcelona, en ocasiones en condiciones precarias al ser realquilados. Además, la pérdida del padre en 1937 y la guerra marcaron aquellos años que por los avatares de la historia acabó en Francia en una colonia de niños refugiados, lejos de su madre, con la cual perdió el contacto a causa del desenlace de la contienda bélica. De regreso a Barcelona, fue internado en un asilo hasta que su madre pudo dar con él. Vivió, pues, unos años de pobreza extrema, y así mendigaba por las calles de Barcelona, tocando el acordeón mientras una niña de su edad pedía limosnas entre los transeúntes. Por un azar, el jesuita P. Puiggrós, gran biólogo, le escuchó tocando en una fiesta y le invitó a acudir a los jesuitas de Caspe. A partir de este momento, su vida experimentó un cambio radical, al ofrecérsele la posibilidad de ser monaguillo, lo cual facilitó su ingreso en la escuela que tenían los padres jesuitas para los niños que ayudaban en las celebraciones litúrgicas.

Con relación a sus años de formación, que combinó con el trabajo, pudo beneficiarse de la pedagogía del colegio de los jesuitas de la calle Caspe de Barcelona, dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, donde gozó de la protección y soporte del P. Moré. El contacto diario con la liturgia le fue despertando la espiritualidad y así siendo mozalbete empezó a trabajar en una ferretería, a la vez que cada mañana oía misa en la iglesia de San Pablo del Campo. Los domingos acudía a los jesuitas y allí fue cuando el P. Ramón Orlandis, que necesitaba un chico para hacer recados, lo tomó a su cargo, estableciéndose entre ambos una intensa relación afectiva e intelectual, pedagógica y espiritual, a pesar de la diferencia de edad: él tenía catorce años y el P. Orlandis (1873-1958) había cumplido los setenta. Por lo demás, el P. Orlandis le recomendó la lectura de las obras del jesuita Henri Ramière (1821-1884), que fue el fundador del Apostolado de la Oración y teólogo de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. A instancias del P. Orlandis, promotor de la *Schola Cordis Iesu*, Pablo López Castellote leyó las obras del P. Ramière, especialmente *La divinización del cristiano* y *Las esperanzas de la Iglesia* (p. 43).

Pues bien, a comienzos de 1944 la *Schola Cordis Iesu*, cuyos orígenes se remontan a 1925, pero que fue constituida en 1940 como una sección del Apostolado de la Oración y que poseía una buena biblioteca en la calle Roger de Lauria, número 15, de Barcelona, empezó a publicar la revista *Cristiandad*, que López Castellote repartía a mano por Barcelona y en la que, a partir de 1950, comenzaría a colaborar con su pluma. A fuerza de voluntad, inició los estudios de comercio en la Academia Condal de la calle Diputación en horario nocturno, gracias al Sr. Guillamet, director del centro y amigo del P. Reig, que era su confesor, lo que le permitió asistir sin pagar cuota alguna (pp. 34-35). Pero a instancias del P. Orlandis comenzó el bachillerato,

alternando el trabajo en la *Schola* y los estudios nocturnos, sin dejar de acudir diariamente a misa, rezar el rosario y visitar el Santísimo. El lema escolapio de la piedad y de las letras marcó sus años de formación hasta el punto de que su salud se resquebrajó y así Jaime Bofill, catedrático de Metafísica de la Universidad de Barcelona y miembro de la *Schola Cordis Iesu*, a instancias del P. Orlandis, lo llevó a Viladrau (en la falda del Montseny) a descansar a fin de recobrar su vitalidad debilitada por el cansancio de tantas tareas acumuladas. Gracias a la familia Bofill, López Castellote conoció y estimó la tradición cultural catalana. Además, gozó de las clases del P. Orlandis en todas aquellas materias que consideraba fundamentales para su formación como la filosofía, la historia, el latín, el griego y la religión, lo que contribuía a obtener excelentes calificaciones en los exámenes. El curso 1946-1947 aprobó el sexto y séptimo cursos de bachillerato, lo que permitió superar el examen de Estado, con lo que pudo ingresar a la Universidad, decidiéndose finalmente por la carrera de Filosofía y Letras en la especialidad de Historia. Siempre su formación estuvo bajo la atenta mirada del P. Orlandis, incluso durante sus años universitarios. Al parecer, y por indicación de su mentor, utilizó pocos manuales, acudiendo a las fuentes de los libros de las bibliotecas de la *Schola*, de Balmesiana y de la Biblioteca de Cataluña. Además, y no deja de ser significativo, el P. Orlandis le recomendó la lectura de dos revistas como son *La Civiltà Cattolica*, la más antigua en lengua italiana, y la *Revue de deux Mondes*, que se publica desde 1829. Podemos añadir que según el P. Orlandis eran las que consultaba el emperador Francisco José para estar al corriente de la política internacional, la primera desde el punto de vista católico y la segunda desde la perspectiva liberal (p. 42). Mientras cursaba la carrera leía en el comedor de la residencia de los jesuitas, a cambio del

almuerzo y de la cena. Por una desavenencia con el profesor de Geografía de la Universidad de Barcelona se vio obligado a finalizar la carrera en la Universidad de Zaragoza. Igualmente, el P. Orlandis lo introdujo en el hebreo ayudándole en la traducción de los versículos 40 al 66 del libro de Isaías. Está claro que además del P. Orlandis, su mentor intelectual, también gozó de las enseñanzas de los cursos que impartían, entre otros, profesores de la categoría de Jaime Bofill y Francisco Canals, tres referentes de lo que se conoce como Escuela Tomista de Barcelona. Con el paso del tiempo, y como hemos anunciado, participó activamente en la elaboración de la revista *Cristiandad*, a la vez que se cuidaba de la biblioteca de la *Schola Cordis Iesu*. En paralelo, se hizo aspirante de Acción Católica y catequista. De tal suerte que en la parroquia de San Pablo de Campo conoció a Aurelia Heredia, que sería su esposa, con quien se desposó en 1954 en una ceremonia presidida por el P. Reig, su confesor. De esta unión, nacieron cinco hijos, cuatro chicas y un chico, siendo un esposo y padre ejemplar, esto es, un modelo de familia cristiana, cosa lógica si tenemos en cuenta que la familia constituye el primer elemento formativo, antes que la escuela, que se sitúa entre la familia y la sociedad.

A partir de 1954, y siempre bajo la atenta dirección del P. Orlandis, orientó su actividad profesional hacia el mundo de la enseñanza a través de la gestación del primer intento de constitución de lo que había de ser el colegio Costa y Llobera, al que asistían algunos de los hijos de los miembros de la *Schola Cordis Iesu*. Pero aquellos primeros pasos fueron difíciles ya que coincidieron además con la enfermedad del P. Orlandis, que falleció a comienzos de 1958. Pero en 1957 vuelve a la carga con la puesta en marcha por segunda vez, y ahora definitiva, de la escuela Costa y Llobera, nombre que había propuesto justamente el P. Orlandis, ahora instalada en un piso alquilado de la

Rambla de Cataluña, con material adquirido en los encantos viejos, cedidos por la familia Bofill y donados por el Instituto Milá Fontanals que pasó de la calle de la Canuda a su actual sede. Fue durante esta época que, a través de la familia Bofill, López Castellote pudo contactar con Alexandre Galí, uno de los promotores de la renovación pedagógica en Cataluña antes de 1936, de la que se sintió siempre próximo. Ahora bien, cabe señalar que no entendió la cultura catalana como una imposición sino como un derecho para cualquier persona que desee acceder libremente a su historia y patrimonio cultural. Entre los pioneros de Costa y Llobera, y junto a nuestro protagonista, hay que citar los nombres de Pere Darder y Enric Lluch y así, con el paso del tiempo, Darder se dedicó a la primaria y López Castellote al bachillerato. Por un lado, Costa y Llobera quería conectar con la tradición renovadora catalana y, por el otro, enfatizaba la educación integral al incluir la formación religiosa en sintonía con el carácter confesional del centro, a fin de responder a las exigencias del mundo moderno. Sin embargo, las tensiones entre López Castellote, partidario de que la catequesis se mantuviese dentro de la escuela por su carácter confesional, y Pere Darder, que era de la opinión de que había de quedar al margen de la escuela, precipitó su salida de Costa y Llobera. Acaso por todo ello, López Castellote quedó apesadumbrado por el ambiente liberal que se respiraba en Costa y Llobera, lo cual rompía con el ideario fundacional del centro que pasaba de la confesionalidad a la laicización y que, en el mejor de los casos, aceptaba la presencia de la cultura religiosa en el currículum escolar. Ni que decir tiene que las tiranteces entre López Castellote y Pere Darder, con relación a la orientación y gestión de Costa y Llobera, constituyen unas páginas muy ilustrativas que iluminan el movimiento de la renovación pedagógica en Cataluña y que ponen de

manifiesto las dificultades para mantener una escuela confesional en un mundo cada vez más secularizado.

En este sentido, hemos de resaltar que el autor de este libro haya puesto de relieve las contradicciones que se dieron en el seno del movimiento de renovación pedagógica vivido en Cataluña, a partir de finales de la década de los cincuenta y comienzos de los sesenta cuando escuelas como Costa y Llobera y Talitha, fundada en 1956 por María Teresa Codina, fueron una realidad. Vale la pena precisar que Teresa Codina dejó escritas en las páginas de esta revista sus recuerdos sobre «Rosa Sensat y los orígenes de los movimientos de renovación pedagógica» [*Historia de la Educación. Revista Interuniversitaria*, n.º 21 (2002), pp. 91-104]. No deja de ser chocante que, si bien es verdad que diversos establecimientos docentes llevaban nombres religiosos y bíblicos (Talitha según aparece en el Evangelio de Marcos 5, 41, corresponde a la palabra aramea de niña), la praxis educativa se fue alejando cada vez más de este ideario, enfatizándose más –como denunció López Castellote– la técnica didáctica (el cómo de la enseñanza) que no el fin (el qué) de la educación. Ante este estado de cosas, se comprende el enfado de López Castellote, más preocupado por la teleología de la educación que no por las instancias mesológicas e instrumentales del proceso educativo. Por consiguiente, se constata la paradoja de que varias de aquellas escuelas inicialmente cristianas, por nombre e ideario, orillaron su vocación confesional hasta el punto de convertirse en escuelas humanistas de corte liberal, pero no cristiano. Ya en 1968, y según recoge el libro que tenemos en las manos, López Castellote radiografió la situación que se había producido. «Está cundiendo cada vez más en nuestro ambiente una corriente de pensamiento que, en nombre de los principios cristianos, de una mayor concienciación de ellos, se declara en contra de la escuela confesional» (p. 238).

Por todo ello, López Castellote –católico de sólidas convicciones– abandonó Costa y Llobera, uno de los buques insignia de la segunda oleada de la renovación pedagógica en Cataluña (la primera remite al periodo anterior a la Guerra Civil), mientras que dos de sus dirigentes, como son Pere Darder y Enric Lluch, participaron en la puesta en marcha del movimiento de maestros de Rosa Sensat en 1965, una iniciativa que se convirtió en el movimiento aglutinador y conductor de la renovación pedagógica al atender principalmente a su formación y reciclaje. Se abrían, pues, en el horizonte educativo catalán dos opciones en el marco de la renovación pedagógica: una laicista y partidaria de la escuela pública («Nueva Escuela Pública», según López Castellote), como Rosa Sensat, y otra, ideológicamente confesional, en la que Pablo López Castellote militó y defendió siempre. A los pocos días de abandonar Costa y Llobera, y gracias al escolapio José María Balcells, accedió a la dirección de un nuevo centro educativo, el COU-Jaume Bofill, que dependía de la Escuela Pía de Cataluña, situado en primer lugar en los bajos del ala izquierda de la Escuela Pía de Sarriá y, más tarde, en la calle de la Diputación, bajo el nombre de Escola Pía de Nostra Senyora-COU Jaume Bofill. Y este paso –el de Costa y Llobera al COU Jaume Bofill– se produjo en 1971, en un momento en que se aplicó la Ley General de Educación (1970), que había substituido el antiguo curso Preuniversitario que culminaba un bachillerato de seis años por el Curso de Orientación Universitaria (COU) que coronaba un bachillerato (BUP) de tres años.

A partir de 1967, Pablo López Castellote desarrolló su vocación europeísta a través de su participación en los congresos anuales que realizaba el SIESC (Secrétariat International des Enseignants Secondaires Catholiques), fundado en 1954 y que formaba parte del movimiento Pax Romana-MIIC (Movimiento Inter-

nacional de Intelectuales Católicos) que se había establecido en 1947 bajo la influencia del pensamiento de Jacques Maritain. En este punto, conviene resaltar el papel de Roser Pujades que fue quien el año 1961 contactó con el SIESC, un movimiento de educadores católicos preocupado por la enseñanza secundaria. En las páginas del libro (pp. 97-98) se detallan los encuentros del SIESC desde su creación en 1955 hasta 1991, momento a partir del cual se expandió hacia los países del este de Europa que habían quedado bajo la órbita de la URSS. Fue en 1967 cuando López Castellote se incorporó a este movimiento que organizó el grupo «Fe i Treball» que preparaba, a través de reuniones y publicaciones, los encuentros anuales que el SIESC celebraba en diferentes lugares de la geografía europea. Vale la pena indicar que el SIESC organizó encuentros en España, primero en Montserrat (1968) y, más tarde, en 1977, en el seminario menor de la diócesis de Barcelona (Conreria). La relación con el SIESC, en el que ocupó cargos de responsabilidad en la secretaría general y en la vicepresidencia en 1982, se mantuvo hasta su enfermedad, y en 1992 publicó el último de la serie de dieciséis fascículos que recogieron los trabajos de aquel grupo preocupado, en la época postconcliar, por la inculturación de la fe entre los jóvenes estudiantes de bachillerato que, a la larga, habían de ingresar a la Universidad y ocupar cargos de responsabilidad en el mundo profesional.

De tal manera que su etapa de plenitud intelectual y profesional tuvo lugar a partir de 1971, cuando accedió a la dirección del COU-Jaume Bofill, hasta que por razones de su salud se vio obligado a abandonar el cargo, en un momento en que además se puso en marcha la LOGSE (1990), que significaba un cambio respecto a la organización del currículum escolar, extendiéndose la educación secundaria desde los doce a los dieciséis años en una etapa obligatoria (ESO), a

la que seguía el bachillerato reducido a dos años (17-18 años), una situación que hoy todavía perdura. Hay que poner de relieve que Valentí Feixas desgrana el ideario del centro de estudios COU-Jaume Bofill sobre la base del humanismo cristiano, entendiendo la «visión de la persona como ser solidario llamado a dar sentido al mundo y a participar de la vida de Dios en Cristo, lo cual supone la aceptación y la promoción entusiasta de la libertad y la responsabilidad del hombre» (p. 83). Desde luego, se establece un nexo entre el humanismo cristiano y la escuela cristiana, que en conjunto forman un todo indivisible que se singulariza por la confesionalidad derivada de compartir la fe cristiana que presenta al ser humano como imagen de Dios. En esta línea, López Castellote formula una pedagogía que distingue entre instrucción (los contenidos que garantizan conocer el mundo, es decir, el ambiente a través de una relación dialéctica entre yo y el mundo), y la valoración, que es la capacidad formativa que el alumno alcanza en una especie de capacidad judicativa que permite aquilatar correctamente las cosas. De alguna manera, la pedagogía de López Castellote recuerda la distinción clásica alemana entre formación (*Bildung*) y enseñanza (*Erziehung*), correspondiendo la valoración a la primera y la instrucción a la segunda. A pesar de esto, los dos aspectos –valorativo e instructivo– están interrelacionados ya que mantienen una íntima conexión. De todo lo cual se infiere que la escuela cristiana ha de conferir instrucción que está al servicio de la valoración del mundo y de la vida, siempre vinculadas a la fe cristiana (p. 286).

Está claro que López Castellote escribió una de las páginas más destacadas del movimiento de renovación pedagógica en Cataluña, si bien el protagonismo de asociaciones como Rosa Sensat, que inició su singladura en 1965, orillaron hasta silenciar la actividad del grupo «Fe i Treball» que nuestro protagonista lideró con

tanto ahínco. Lamentablemente, la historiografía educativa catalana no ha tenido en cuenta los esfuerzos de este grupo de profesores cristianos que en tiempos de esperanza conciliar y transición política apostaron por una renovación de la educación desde su compromiso confesional y pedagógico, abierto al diálogo en el marco de una sociedad plural, sobre la base de la tradición de la filosofía perenne de raíz aristotélica y tomista actualizada por las aportaciones de la ciencia psicopedagógica. En aquella coyuntura, los partidos de izquierda impusieron su hegemonía de modo que el proyecto del Consell Català d'Ensenyament (1976), una iniciativa de López Castellote, fue considerado como algo efímero y accidental, cuando en realidad atesoraba un gran potencial pedagógico, digno de ser tenido en cuenta. En fin, los partidarios de la escuela pública, laica y única, que tenían en la retina el proyecto del CENU que se puso en marcha a finales de julio de 1936, con dosis de la tradición pedagógica libertaria (Ferrer Guardia, Puig Elias) sobre la base de la escuela única, acabaron por imponer su modelo, que López Castellote denominó «Nueva Escuela Pública». Así las cosas, quienes defendían este ideal triunfaron sobre los que sostenían otro planteamiento basado en una libertad ideológica que respetase la elección de centro por parte de los padres, que compartían credos como la religión católica porque el Estado no puede imponer una educación valorativa ni aunque sea el neutralismo (p. 278). En este punto, conviene precisar que López Castellote no acepta un pluralismo mal entendido, cuando es sinónimo de permisividad, sino un pluralismo positivo y fructificador que va más allá de la simple pluralidad, ya que constituye una garantía para que los padres puedan elegir centro y romper la unilateralidad de la escuela única (p. 256).

Durante aquellos veinte años, entre 1971 y 1991, pero incluso desde antes, la

actividad de López Castellote fue ingente. Escribió artículos en diversos medios periodísticos (*El Correo Catalán*, 1984-1985; *El Magisterio Español*, 1986-1990; *ABC*, edición Cataluña, 1992-1993; *Catalunya Cristiana*, 1986-1994), sin olvidar otras contribuciones a revistas especializadas como la *Revista de Ciencias de la Educación y Temps d'Educació*. En este ámbito, sus colaboraciones en la revista *Cristiandad*—que no son analizadas en el libro que comentamos, suponemos que por no ser estrictamente educativas—merecerían un capítulo aparte. Su actividad intelectual también se canalizó a través de múltiples conferencias y la publicación de libros, unos doctrinales que afectan a la filosofía (*Ayer, hoy, mañana. Reflexiones sobre la dimensión ambiental del hombre*, 1972; *Humanisme cristià*, 1987) y otros de carácter más específicamente pedagógico (*Els cristians i l'educació dels fills*, 1979; *La família, escola de la família*, 1987; *Hi ha una joventut que espera*, 1994).

Como es lógico, no podemos dar cuenta y razón de cada uno de estos libros en esta recensión, aunque sí de alguna de las ideas centrales de sus bases antropológicas que forman parte de la segunda parte del libro, después de que la primera, como hemos visto, está dedicada a su vida y a la obra pedagógica. En esta dirección, Feixas, que se centra en dos de sus libros (*Ayer, hoy, mañana*, 1972 y *Humanisme cristià*, 1987), desgrana esta segunda parte a partir de tres ejes centrales: persona y ambiente, persona e historia y persona y trascendencia. Todo indica que la relación dialéctica del ser humano con el ambiente, «el ambiente es el posibilitador nato de la «presencia humana» en el mundo» (p. 158), y la historia con «ánimo de comprender al hombre y aceptar históricamente la Palabra de Dios» (p. 241) articulan el andamiaje del pensamiento de López Castellote, ya que si la primera nos da pistas sobre la relación yo-ambiente, la segunda pone el

acento en la relación persona e historia. Con relación al ambiente, hay que añadir que el ser humano se ha de responsabilizar de sí mismo ya que establece con el ambiente una relación dialéctica, en la cual el ambiente es estructura, compromiso y afirmación, mientras que el yo, la propia persona, representa la responsabilidad, la libertad y el progreso (p. 273). Todo parte del mandato bíblico (Gén. 1, 28) en que el hombre, en su condición de imagen de Dios, ha de cumplir aquella ley que tiene grabada por el Creador en su corazón: creced, multiplicaos y dominad la tierra, lo cual comporta un compromiso de responsabilidad y solidaridad con el mundo, los demás seres humanos (prójimo) y la historia. Así las cosas, la teoría del ambiente se vincula a la teoría de la historia, según la cual el ser humano es responsable de la evolución de este mandato divino en el transcurso de los tiempos, porque «según sea la conciencia histórica de los hombres, será su vida individual y su vida colectiva, el ambiente, la Historia» (p. 166). De este modo, se establece una correlación entre el ser humano visto como imagen de Dios; la teoría del ambiente, que estriba en una dialéctica entre la persona y el mundo, para concluir en la teoría de la historia, que es fruto de la acción diacrónica de la persona. «La Historia y el ambiente son obra de la persona, necesariamente enmarcada en unas circunstancias, pero con horizontes sin límites gracias a la originalidad personal y solidaria» (p. 175). El último apartado de la segunda parte del libro, que se ocupa de los temas doctrinales del pensamiento de López Castellote, está dedicado a las relaciones entre la persona y la trascendencia de acuerdo con la metafísica cristiana a fin de que el ser humano supere el estado de adocenamiento en que habita por mor de la masificación. «Sólo aspirando a un Bien absoluto podemos poner rúbrica a nuestra solidaridad» (p. 188).

Resulta evidente que de las diferentes cosmovisiones que López plantea, a saber, el socialismo marxista, el liberalismo capitalista propulsor del individualismo exacerbado e insolidario, el misticismo panteísta de carácter gnóstico y el humanismo cristiano, aboga por esta última que se desmarca de la marxista que posea un gran predicamento entre la intelectualidad catalana por aquel entonces (p. 208). No hay ni que decir que López Castellote se aleja del colectivismo productivista marxista en el sentido de que la estructura no es determinante, sino mudable, según la fórmula de que «la estructura es necesaria a la vida humana, pero no es la vida humana» (p. 191). Pero también se distancia del liberalismo a ultranza, que solo ve negocio en todas las cosas, propiciando una sociedad consumista que se despreocupa de la dignidad humana que surge del hecho de ser imagen de Dios. Su opción se inscribe, pues, en el humanismo cristiano, esto es, la valoración (una palabra clave en su pensamiento) del mundo y de la vida a partir de la encarnación del Hijo de Dios. Por consiguiente, se aleja del marxismo colectivista e, igualmente, del liberalismo capitalista de corte individualista y egoísta porque ambos proceden a una exaltación de la acción. Por otra parte, a su entender, tanto la cosmovisión marxista como la cristiana son dialécticas, pero existe una diferencia fundamental porque «para el cristianismo la perfección está en la aspiración que da sentido a la praxis, mientras que para el marxismo está en la praxis que da sentido a la aspiración» (p. 208). A resultas de ello, y frente a las fuerzas que pugnan por el dominio del mundo, López Castellote destaca la libertad de la persona humana, imagen de Dios, para intervenir en los asuntos mundanos con la mirada puesta en la transcendencia religiosa. De todo lo cual se colige que la libertad es un reflejo de la dignidad y de la responsabilidad humana que dependen de una cosmovisión personalizadora que

se refleja en la cultura ambiental y en la conciencia histórica, siendo fieles a Dios y a su Hijo que es el Camino, la Verdad y la Vida (Jn, 14, 6). Desde esta perspectiva, queda claro que «educar no es otra cosa que colaborar a la formación de la persona, imagen de Dios» (p. 210).

Precisamente, la tercera parte del libro que nos ocupa aborda la educación cristiana según López Castellote, a través de un acercamiento evolutivo de modo que después de definir la visión que sobre el tema tenía en 1968 se completa con la de 1979. Siempre contrario al liberalismo economicista sin límites, con su ética codiciosa e individualista, rechaza el pragmatismo que da la impresión de que a partir de 1990 haya substituido en los círculos pedagógicos progresistas al marxismo. Por el contrario, López Castellote insiste en la importancia ontológica de la educación entendida como proceso valorativo, más allá de los éxitos inmediatos de una practicidad que únicamente atiende a los resultados de las acciones instructivas de signo utilitarista, performativos en lenguaje postmoderno. La educación no puede perder de vista que el ser humano es una persona a imagen de Dios, punto central para poder enfrentarse a través de la formación a un ambiente universal consumista que convierte al hombre en un ente anónimo y despersonalizado. De ahí que la educación contemple las dos dimensiones, humana y religiosa, natural y sobrenatural, de la criatura humana, más todavía si se considera –un punto fuerte en el pensamiento de López Castellote y clave de bóveda del humanismo cristiano– que «Dios nos ha elevado al orden sobrenatural siguiendo la misma línea teleológica en la que creó el hombre-imagen de Dios» (p. 213).

Otra de las características de la filosofía de la educación de Pablo López Castellote, siempre preocupado por la descristianización de la escuela y de la sociedad, y contrario al sentido homogéneo que fue asumido por la «Nueva Escuela

Pública», lo cual cercena la pluralidad de opciones ideológicas en detrimento de la elección cristiana, radica en su crítica a las modas educativas que se han consolidado en el panorama pedagógico, sobre todo a partir de los años sesenta del siglo pasado. Más que verdaderas soluciones pedagógicas son predisposiciones apriorísticas que configuran un pensamiento educativo políticamente correcto, que se ha impuesto en los medios educativos, a modo de una serie de tópicos aceptados comúnmente que resulta casi imposible discutir y contrarrestar. Entre estas tendencias que configuran este pensamiento pedagógico, políticamente correcto, y siempre a la vista del libro del profesor Feixas, citamos los siguientes: el democratismo, la socialización, la autogestión, el antiautoritarismo, la permisividad, la exaltación de la coeducación, el abuso del dinero, etc. No es que Pablo López Castellote niegue ninguno de estos aspectos de la educación, sino que lo que rechaza es su desmesurado radicalismo, de modo que su posición está enraizada en el sentido común, de manera que aboga por una especie de término medio que, en sintonía con la filosofía aristotélico-tomista, hace que principios como la democracia, la autogestión y la coeducación se apliquen de una manera correcta y adecuada, sin caer en excesos que son fruto de la moda sociológica imperante.

Es hora de poner fin al comentario de este magnífico libro, que tiene su origen en una tesis doctoral defendida por el autor en la Universidad Ramón Llull en el mes de diciembre de 2015, y que nos acerca a una de las personas que más hicieron en España en el siglo pasado a favor de la educación cristiana. Pablo López Castellote fue un hijo espiritual del P. Orlandis,

a quien ayudó a poner en marcha la revista *Cristiandad*, órgano de la *Schola Cordis Iesu*. Tal como recuerda Valentí Feixas el último número de *Cristiandad* de 1994 —cuando la revista acababa de cumplir cincuenta años de su aparición en 1944— se dedicó a su recuerdo, recogiendo una selección de sus artículos, con una presentación del profesor José María Alsina «In Memoriam Pau López». No en balde, López Castellote publicó numerosos artículos en *Cristiandad* desde el año 1950, que merecerían un estudio aparte y que la obra que recensamos no aborda porque se trata, posiblemente, de otra de las muchas empresas que Pablo López Castellote emprendió a lo largo de su fructífera y poliédrica trayectoria intelectual, marcada por el P. Orlandis, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y, entre las cuestiones intelectuales, su dedicación a la historia y a la pedagogía. Y aunque queda pendiente analizar su filosofía de la historia según los artículos de *Cristiandad*, este libro documentado y riguroso marca un comienzo que esperamos que otros estudiosos continúen porque sin duda Pablo López Castellote se lo merece. Y ello más aún si tenemos en cuenta que su vida, como la de otros muchos pedagogos, combinó la praxis formativa y la reflexión intelectual, un binomio que exige un trabajo ímprobo como el que él sacó siempre adelante y, en más de una ocasión, contra viento y marea, al navegar un tanto a contracorriente. En suma, todo un ejemplo que sería bueno que no perdiésemos de vista, para lo cual contamos con este imprescindible y esclarecedor libro.

CONRAD VILANOU TORRANO